

LA PRENSA UNIVERSITARIA FALANGISTA EN EL PUNTO DE INFLEXIÓN DEL FRANQUISMO: LA TRANSICIÓN ANTICIPADA

Álvaro de Diego González, Universidad San Pablo-CEU.

La fallida etapa constituyente de José Luis de Arrese (1956-7), ministro secretario general del Movimiento, supuso el verdadero punto de inflexión del régimen de Franco. Su fracaso a la hora de disciplinar tres leyes fundamentales (Ley Orgánica del Movimiento Nacional, Ley de Ordenación del Gobierno y Ley de Principios Fundamentales del Movimiento), tendentes a asegurar el sistema político del 18 de Julio a la desaparición de Franco, determinó el desembarco «tecnócrata» en el gobierno y la línea cuasi definitiva del régimen. El engranaje desarrollista ideado por López Rodó, con los auspicios del almirante Carrero Blanco, colocó finalmente en la Jefatura del Estado a un rey ampliamente facultado para desmontar el Estado franquista desde dentro. De haber triunfado la opción Arrese en 1956 la transición no hubiera podido efectuarse.

Se hubiera practicado una ruptura, al margen de la vía institucional «de la ley a la ley». El fracaso de Arrese en 1956-7 implicó el suicidio político del franquismo veinte años antes de que las Cortes del difunto autócrata admitieran a trámite la Ley para la Reforma Política que principiaba el derribo controlado del Estado de 18 de Julio.

Ahora bien, es interesante analizar este fracaso de Arrese en referencia al acontecimiento decisivo de nuestra historia más reciente, esto es, la guerra civil española y su influencia en la memoria histórica colectiva de las distintas generaciones. Ése ha sido el propósito de Paloma Aguilar, quien en un impecable trabajo ha desentrañado la transición política a partir de una memoria colectiva traumática de la guerra civil (1). Aguilar destaca la enorme trascendencia del hecho generacional:

RESUMEN

No puede entenderse el régimen de Franco sin referencia a la guerra civil española, el acontecimiento más importante de nuestra historia reciente. El franquismo trató de mantener vivo el recuerdo para asegurar su supervivencia. La prensa falangista universitaria, sin embargo, reflejó desde los cincuenta la opinión de una nueva generación, que luchó para superar la atmósfera bélica porque sus componentes no habían tomado parte en la guerra. Siguiendo el ejemplo de José Antonio Primo de Rivera, estos jóvenes intentaron cambiar la injusta sociedad de su época a través de la publicación de artículos en revistas como *La Hora* y *Juventud*. Enfrentados a sus hermanos mayores en el Movimiento, fueron finalmente derrotados por los grupos conservadores.

PALABRAS CLAVE

Falange - Prensa universitaria - Reforma política - *La Hora* - *Juventud* - Arrese.

SUMMARY

General Franco regime's can't be understood without talking about the Spanish Civil War, the most important fact in our lately history. Franquism tried to keep alive the belic memory to survay. Falangist press in University, however, reflected a new generation's opinion since 50's, that fought to overcome belic atmosphere, because their members hadn't take part in war. Following Jose Antonio Primo de Rivera's example, this young people tried to change the unruly society in which they live, publishing articles in magazines like *La Hora* and *Juventud*. In front of their elder brothers in Movement, they were finally defeated by conservative groups.

KEY WORDS

Falange - University press - Political reform - *La Hora* - *Juventud* - Arrese.

«El estudio de las generaciones va ligado a la memoria histórica de un país a medida que nuevas generaciones van asumiendo la dirección del mismo. No sólo ocurre que distintas generaciones viven acontecimientos históricos distintos, sino que, aún viviendo los mismos, los interpretan y se ven afectados por ellos de forma peculiar» (2).

No cabe duda de que la legitimidad del franquismo residía en la victoria en el conflicto fratricida, con lo que se hallaba inextricablemente unida a la marginación del vencido y a la justificación de la guerra; en otras palabras, su supervivencia era incompatible con la reconciliación real entre los dos bandos enfrentados. No obstante, el propio régimen hubo de trocar su discurso conforme transcurría el tiempo, apuntalando su autoridad en un concepto dicotómico de la legitimidad:

«Este régimen parece querer convencer a los españoles de que, aun aceptando que la II República hubiera sido legítima por su origen, [...] pudo muy bien haberse deslegitimado por su ejercicio ineficaz. El franquismo, por el contrario, accede, para buena parte de la población, de forma ilegítima al poder, pero pretende legitimarse no sólo en la victoria militar, sino en la eficacia de la gestión económica y social.

La legitimidad de ejercicio está directamente relacionada con lo que Pérez Díaz denomina *legitimidad substantiva* y que él hace residir en *la capacidad del Estado para resolver problemas fundamentales*. [...] El hecho que origina el nuevo régimen es, sin duda, el referente crucial de su primera época. A medida que transcurre el tiempo, dicha legitimidad asentada en el origen habrá de ir recibiendo la fortificación procedente del propio ejercicio del poder. En todo caso, sin embargo, el origen no desaparecerá como referente colectivo, puesto que el régimen, al deberle su propia existencia, nunca podrá renunciar totalmente a él sin resultar seriamente perjudicado. Ahora bien, es probable que este momento fundacional vaya adquiriendo significados según las necesidades del presente».

Resulta sumamente sugestivo analizar el punto de inflexión del franquismo en 1956-7 a la luz del enfrentamiento generacional en torno a la memoria de la

guerra civil española. De dicho choque da fe la prensa del período. En este sentido, Emilio Lamo de Espinosa, mano derecha de Arrese y principal redactor de las leyes constitucionales nonatas, apunta en sus memorias:



«Es el momento [año 1956-7] en que la guerra civil hizo eclosión en el terreno de las ideas políticas enfrentándose el pensamiento renovacionista y progresista de la generación que hizo la guerra civil con el de la última generación de la monarquía unida a la que nos seguía. Triunfó la confabulación de estas dos últimas» (3).

En los años de la Segunda Guerra Mundial nada presagiaba que en el SEU surgirían las primeras disidencias políticas preocupantes para el Régimen. Imagen del V Congreso Nacional del Sindicato (1941).

Tras la promulgación de la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado en 1947, la política interior española vino a dirimirse en la tensión entre el falangismo contemporizador e intransigente servido desde Secretaría General del Movimiento por el ministro Fernández-Cuesta, y la política integradora del ministro de Educación, Joaquín Ruiz-Giménez, que promovió a una serie de *azules* aperturistas (Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar, Torcuato Fernández-Miranda, etc.) a puestos claves del Ministerio y el sistema universitario. La juventud reformista secundó esta política desde los grupos más inquietos del Sindicato Español Universitario (SEU).

LA GENERACIÓN DEL 49.

A mediados de los cincuenta se produce una crisis de legitimidad asumida por las generaciones más jóvenes, crecidas al amparo del propio régimen, esto es, la crisis adquiere una naturaleza casi estrictamente generacional. La legitimidad de origen del franquismo quiebra con la irrupción en el gobierno de 1957 de los «tecnócratas», que tratarán de justificar el Estado autoritario en el saldo positivo de una

cuenta de resultados. El desarrollo económico y social de los años sesenta demandaba un paralelo desarrollo político del Estado que implicaba, en último término, la superación del referente de la guerra civil. No obstante, las minas habían sido colocadas antes y desde los sectores más jóvenes e inquietos del ámbito falangista, que demostraron con su actuación reformista la insinceridad de un Estado no dispuesto a cumplir con sus objetivos programáticos.

Se distinguiría así un primer grupo generacional, la «generación del 36», a la que ha caracterizado afinadamente Emilio Romero:

«Los jóvenes se habían metido en una guerra atroz por ideales, por un deseo de cambiar socialmente España, y no se podía regresar a aquella situación de la República. Otra cosa habría sido una estafa. Naturalmente, había estafadores en ciertas clases que confiaban en que aquella victoria militar respaldara sus privilegios o su inmovilidad creadora o sus plataformas de alta clase. Pero había un deseo ilusorio y juvenil de ser más de izquierdas que la izquierda histórica, sin caer en el marxismo o en el comunismo, que era la última línea de la izquierda revolucionaria. Pensaban que el socialismo estaba trasnochado, y el anarquismo era intolerable y utópico. Éstos eran, a grandes trazos, los ideales de los jóvenes [falangistas] que habían ganado la guerra» (4).

Paradójicamente, los primeros resquicios de disidencia política aparecerán dentro del sistema, en las filas joseantonianas, las más disgustadas con la evolución, mejor diríamos marcha, del régimen. «Donde estos falangistas esencialistas pudieron actuar con mayor libertad e impunidad fue en las organizaciones juveniles de la Falange (Frente de Juventudes y Sindicato Español Universitario, así como en las publicaciones universitarias)» (5). Tatuados por una voluntad de aproximación a la izquierda («porque éramos de izquierda, aunque no fuésemos marxistas», señala Alcocer) el clima intelectual del Frente de Juventudes por entonces era de todo menos acomodaticio:

«Quedamos, pues, en que los cursos de instructores de Formación Política tenían una dimensión digamos universitaria. Los coloquios, después de cada clase, eran absolutamente abiertos y tremendamente libres.

Lecturas frecuentes eran publicaciones como *La Hora*, *Juventud*, *Alcalá*, *Claustro*, *Nosotros*, *Marzo*, etc. Era el tiempo en que comenzábamos a comprender que todo tenía que ser debatido, que nada era intocable de suyo. Fueron años de una indagación continuada, de una polémica perenne. De ese tiempo surgió lo único que al régimen de Franco llegó a preocuparle alguna vez: la crítica desde dentro. La de fuera, ésta es la pura verdad, no le afectó jamás» (6).

La disidencia brotaría a través del cauce formalmente instituido para la reflexión intelectual universitaria. Abriría brecha un grupo al que José Bugada (7), uno de sus más representativos exponentes, ha denominado «generación del 49». Los componentes de la misma contaban con entre doce y diecisiete años al término de la confrontación cainita en la que habían tomado parte sus hermanos mayores. «Ninguno de ellos había combatido en la reciente guerra, pero todos tenían fundadas esperanzas de ser los protagonistas de la paz que empezaba». Esta generación experimentó una conmoción tremenda: indoctrinada en el totalitarismo, sufrió un proceso súbito de destotalitarización tras la derrota del Eje, soportando la falta de autenticidad de sus modelos, el camuflaje, las justificaciones, etc. Dotados de un «estilo» generacional caracterizado por una virtud rabiosa e intransigente, estos jóvenes veían contrapesada su formación totalitaria con un recurso poco menos que poético al idealizado, mitificado José Antonio Primo de Rivera. Bugada se referiría a la «crucifixión generacional» de la suya por la generación anterior, es decir, la «generación del 36» o «de la guerra» (8).

La historia de la «generación del 49» ha sido escrita por otro de sus componentes, Juan Marsal, para quien «empezaba entonces —estamos a mediados de la década del cincuenta— una lucha, condenada de antemano (que se había dado también en Italia veinte años antes) por conseguir transformar un régimen totalitario desde dentro, en el vano intento de hacerle cumplir con sus propios ideales, por él establecidos, para consumo de sus juventudes». Marsal había entrado en contacto con el grupo del «falangismo liberal» (Tovar, Laín, Ruiz-Giménez, etc.) a mediados de los cincuenta. Los artículos que publicaba por entonces en las revistas seúistas *Alcalá* y *Estilo* eran

«bien representativos por cierto de aquella corriente, pues trataban del diálogo entre Unamuno y Maragall, de Ortega, del noventa y ocho.

Es difícil entender ahora, incluso a mí mismo, un cuarto de siglo después, que el espiritualismo maragalliano, el misticismo unamuniano o el orteguismo joseantoniano puedan ser elementos de liberalización. Pero hay que situarse en el punto en que yo, y otros como yo, estábamos: en aquella España aislada e ignorante de 1950» (9).

La reflexión sobre la generación intelectual de los cincuenta conduce a Marsal a reseñar cómo esta generación intermedia constata la insinceridad del régimen de Franco, desertor de sus propios objetivos programáticos:

«Los enemigos no son nunca los derrotados en la guerra civil, los *rojos* malditos machacados por la propaganda oficial, sino el régimen y sus jerarquías que impiden su desarrollo o “traicionan” sus ideales. Pero sobre todo, aun para los más católicos, el *establishment* eclesiástico, el catolicismo tradicional, lo que años más tarde se llamará el *nacionalcatolicismo*. [...] Y creo que esta percepción instintiva de los incipientes intelectuales rebeldes de los cincuenta es correcta. Pues en la estructura política del *autoritarismo* franquista lo central fue la contrarrevolución católica. El falangismo fue sólo un componente dudoso aun para el régimen mismo y sus soportes sociales».

«La perspectiva —afirma Marsal— de los propios autores, testimoniada en sus publicaciones, es de una lucha de lo moderno frente a lo pasado, de lo liberal frente a lo autoritario. Las “dos Españas” de la historia contemporánea, reaparecidas de nuevo con ropaje de polémica cultural de los años cincuenta. [...] Y es tal el énfasis de lo liberal frente a lo dogmático, vivido en lucha enérgica en sus años juveniles, que algunos de nuestros biografiados lo mantendrán aún hoy como su más profundo credo». Se producen en las historias individuales dos rupturas cronológicas: la primera con Franco, la segunda con el falangismo joseantoniano (10).

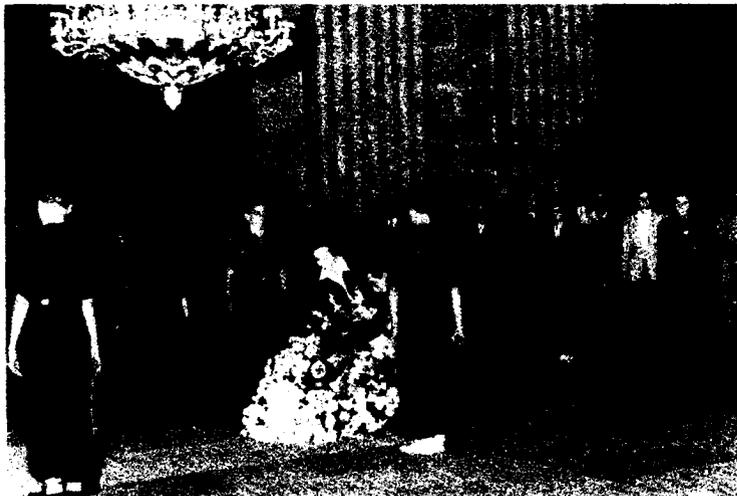
La singladura pública de este grupo de falangistas extraordinariamente autocríticos y voluntariosos va

ligada de modo inequívoco a la publicación seuista *La Hora*, cuya exigua primera etapa se desarrolló entre noviembre de 1948 y diciembre de 1950. Para *La Hora* se formó un consejo de redacción que integraba a representantes de toda la «generación del 49», con independencia de sus ideologías. Tanto fue así, que participaron en el consejo hasta comunistas como Ducay o Alfonso Sastre. En esa primera etapa se produjo la destitución del director, Jaime Suárez, por un encontronazo con el director general de Educación, el demócrata-cristiano Tomás Cerro. Le sustituyó Miguel Ángel Castiella, que aplicó una línea aún más radical. Resultado: la publicación desapareció en 1950. Reapareció en 1956 con Castiella, quien sólo duró unos números en la dirección. «*La Hora* —indica Bugeda— respondía a una actitud nueva. En aquel momento aquello era inédito. El pensar que en un consejo de redacción como aquel se pudiera sentar en torno a una mesa gente tan distinta era algo totalmente nuevo y que les dio a las jerarquías un susto gordísimo». Bugeda contempla con inmensa melancolía el sueño utópico del falangismo reformista de entonces en un contexto poco propicio:

«Nosotros teníamos la gran ilusión de reformar desde dentro. Hay una frase de Jaime Suárez que él nos repetía siempre y que después ha corrido por ahí. Decía: ante las cosas que no gustan —y estábamos todos de acuerdo en que aquello no nos gustaba— se pueden adoptar dos posturas: la del cardenal Cisneros y la de Lutero. Él decía que la del cardenal Cisneros era la buena. Reformar desde dentro. Pero aquello era imposible porque ¿qué fuerzas teníamos nosotros! La gente que estaba a gusto en aquel momento en el régimen lo tenía todo. Tenían los puestos, la posibilidad de dejarnos en la calle sin trabajo y de incluso meternos en la cárcel si las cosas llegaban a ese extremo. Y, claro está, la posición del cardenal Cisneros no era posible. Había que adoptar la de Lutero. Y la de Lutero no podíamos tampoco. Porque de Lutero se nos hablaba muy mal entonces. [...]

Nosotros nunca nos consideramos ganadores de la guerra. Eso por descontado. Pero me refiero a todos los jóvenes, no sólo al grupo nuestro o al de los jóvenes que nosotros tratábamos. Era, en realidad, una

conciencia juvenil completa. [...] Nosotros éramos conscientes de que media España había perdido la guerra, pero teníamos una esperanza utópica de conservar nuestra unidad generacional; de que si tuviéramos unidad los jóvenes, todos los jóvenes de la nueva generación española, todo se podría arreglar» (11).



La prensa universitaria falangista recogió en los años cincuenta el desencanto hacia la mitificación del fundador. En la imagen, ofrenda floral de la Sección Femenina del Partido Nazi sobre la tumba de José Antonio, en la basílica del monasterio de El Escorial.

Un camarada de Bugada, Juan Carlos García Borrón, profundiza en esta actitud generacional crítica y renovadora:

«Teníamos un muy definido, muy recio, muy insistente, hasta yo diría un poco monomaniaco y pedante, deseo de crítica. Éramos, digamos, regeneracionistas con un desmedido afán de perfeccionismo en un sentido muy romántico, muy radical, muy juvenil. Había que mejorar la situación de la universidad, había que mejorar infinidad de cosas de tipo específico, pero fundamentalmente nos movía la necesidad de mejorar el país, la sociedad, el hombre. Todo muy relacionado con las aspiraciones metafísico-adolescentes. No era un simple deseo de mejorar un poquito todas las cosas, sino que no nos gustaba el mundo en que vivíamos y teníamos la esperanza de que aquello cambiase con una generación joven dispuesta a autoexigirse mucho, a extremar el elitismo con un sentido de servicio. [...] Era una posición muy voluntarista» (12).

La Hora reapareció, en su segunda época, en mayo de 1956, tras los sucesos universitarios que habían hecho rodar las cabezas políticas del ministro de

Educación, Joaquín Ruiz-Giménez, y del secretario general del Movimiento, Raimundo Fernández-Cuesta. Había surgido una oposición al sistema desde dentro que, en el corazón de la Universidad y coaligada con los sectores más avanzados del SEU, solicitaba la celebración de un Congreso Nacional de Estudiantes. No obstante, el 9 de febrero de 1956 resultó herido de bala un joven del Frente de Juventudes, Miguel Álvarez, en el choque entre dos manifestaciones estudiantiles de opuesto signo. Ello ocasionó la inédita suspensión de dos artículos del Fuero de los Españoles y varias detenciones: de universitarios opositores, como Enrique Múgica, Ramón Tamames o Fernando Sánchez-Dragó; seúistas avanzados, como Gabriel Elorriaga; o algún veterano azul desencantado, como Dionisio Ridruejo.

JUVENTUD Y LA AGITACIÓN UNIVERSITARIA.

Hasta la reaparición de *La Hora* fue el órgano del Sindicato Español Universitario (SEU), *Juventud*, el que asumió la defensa de las posturas renovadoras surgidas en el ámbito estudiantil. Dirigida por Jesús Frago del Toro, esta publicación contaba por entonces con una plantilla impresionante: Jaime Campmany, Gabriel Elorriaga, Basilio Martín Patino, Ismael Medina o el padre Llanos eran colaboradores habituales. *Juventud* no dudó en elogiar al filósofo liberal José Ortega y Gasset, fallecido en octubre de 1955, como uno de los grandes inspiradores intelectuales de los jóvenes españoles. En este sentido, Salvador Jiménez resaltó el valor práctico de la actividad del sereno pensador. Sin hacer referencia a su liberalismo, el articulista destacaba de su filosofía que «no nos mete en el callejón angustiado de ningún existencialismo, sino que se abre siempre a un mundo de esperanzas en el que el hombre encuentra la prometedora ocasión de actuar» (13). La dialéctica de la confrontación generacional e intelectual estaba servida si consideramos la respuesta inmediata que se produjo desde las posiciones más reaccionarias e inmovilistas del régimen, que vapulearon la figura de Ortega, resaltando muy especialmente sus dudas religiosas (14).

En pleno período de agitación universitaria la prensa seúista aludió a la aparición de una nueva generación que, ajena al conflicto cainita, reclamaba sus derechos a participar en la vida pública. Gabriel Elorriaga, el dirigente del SEU que había establecido contactos con la oposición universitaria (15),

fue pionero en este capítulo. Desde *Juventud* aludió a las «desgraciadas consecuencias» de la «mentalidad de relevo». A su juicio, el relevo generacional era una suerte de combate, «porque la dificultad en la conquista ha de ser el mejor filtro, la selección más rigurosa de los constantes, de los enteros, de los auténticamente vocados. [...] Creemos, pues, que sólo cuando las generaciones se imbuyen de una conciencia de conquista comienzan a existir sus posibilidades políticas». No obstante, Elorriaga mostraba una actitud perfectamente institucional, leal al régimen, por lo que desechaba sustituir la dialéctica marxista de lucha de clases por la de lucha de generaciones y recordaba el concepto espiritual de generación (no simple criterio de edad) que manejaba José Antonio Primo de Rivera (16).

En su mensaje de Fin de Año de 1955 ante los micrófonos de Radio Nacional de España, el jefe del Estado, aparte de señalar la necesidad de leyes fundamentales complementarias de la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado, se hizo cargo de la aparición de una nueva generación: «Este año se unirán a las actividades intelectuales de las Universidades los nacidos bajo el signo de la Cruzada, y aunque su razón se haya alumbrado bajo los resplandores de la Victoria, cuando todavía no se había extinguido el eco de nuestros héroes ni desaparecido el luto por nuestros mártires, pocos conocieron, sin embargo, de los dolores de la Patria y de lo que debemos a esa disposición heroica para el sacrificio, a su amor a la tradición y aquel tesoro de virtudes remansadas en los castillos roqueros de nuestros hogares». Así, Franco alertó a los padres, religiosos, profesores y a cuantos tenían «una acción rectora sobre las generaciones nuevas», que luego completó con un llamamiento directo a la juventud (17). El órgano del SEU se apresuró a comentar estas palabras (18), para apuntar muy poco después que «cualquier intento político que aspire a una perdurabilidad continuadora ha de justificarse en una preocupada ansiedad de futuro». De ahí la necesidad que se apuntaba de una «inteligente política de juventudes» (19). Aunque la prensa universitaria falangista postulaba ideas más avanzadas que las mantenidas por sus «hermanos mayores» en el movimiento (léase *Arriba* o *Pueblo*), evitaba romper la unidad azul. De este modo, se producía una situación paradójica, pues estas publicaciones estudiantiles asemejaban presentar las declaraciones de los jefes del Movimiento, que indudablemente estaban disgustados con la actitud

contestataria de los púberes azules, en un sentido mucho más avanzado del que en realidad tenían. Por ejemplo, *Juventud* reprodujo pasajes de un discurso de Fernández-Cuesta, en la entrega de unos premios literarios y periodísticos, relativos a que la misión del Movimiento no era en ese momento la misma que en el 18 de julio de 1936 (20). Poco después se insertaba con matices progresistas la demagógica alocución de Pilar Primo de Rivera en la clausura del XVIII Consejo Nacional de la Sección Femenina. Entristecía a la hermana de José Antonio no tanto que los jóvenes no entendiesen a Falange, sino que, «aun entendiéndonos, sean incapaces, ahogados por lo que en España ahoga a todos los nobles impulsos, de implantar nuestra revolución». Sólo malograría todo intento renovador en España «esa inmensa masa derechoide y snob, cerrada a lo que no suponga mantener sus privilegios o sus rutinas de siempre» (21). En ese mismo número, Enrique Ruiz García resaltaba la necesidad de ir conociendo a los futuros gobernantes: «La razón para ello es, una vez más, el temor de tener que improvisar demagógicamente en el último cuarto de hora cuanto puede hacerse ahora, sin mucha calma, pero sin mucha prisa». Ruiz García precisaba, asimismo, que la unidad de los españoles no implicaba, ni mucho menos, la «unidad de los criterios ni de las ideas» (22).

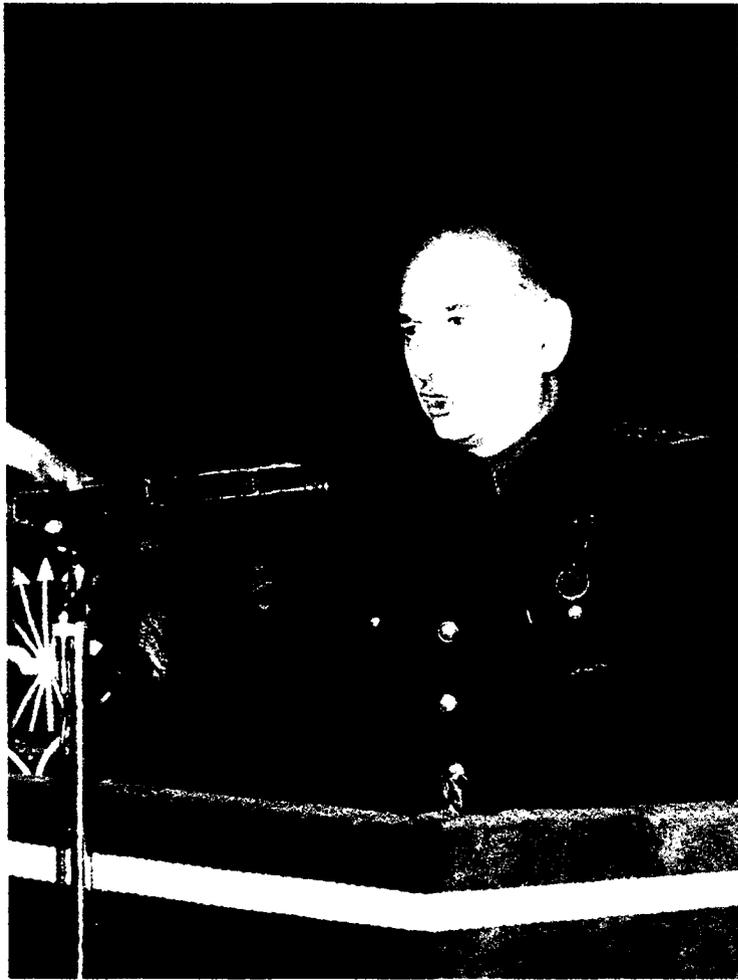
En vísperas de la crisis de gobierno de febrero de 1956, Gabriel Elorriaga reincidía en sus tesis en primera persona, al reconocerse incluido en esa generación de los que «ya no pudimos ser ni fundadores ni ex-combatientes». Ello le conducía a desvelar la manipulación del personaje político que les servía de inspiración:

«Era y sigue siendo necesario rescatar para la actualidad el concepto, poderoso y energético, de su figura. Porque sobre la tumba de José Antonio, como sobre todas las tumbas que emanan vida, han surgido fariseísmos y falsificaciones.

Entre los hombres que conservan de José Antonio el imborrable recuerdo de haberlo seguido como Jefe, y nosotros, los que buscamos en él un insuperable ejemplo, han existido deformaciones interesadas, ridiculeces de megalómanos y cortedades de cobardes».

Denunciaba así la conversión soreliana en mito de José Antonio («y por ello hubimos de desembara-

zarnos de los oropeles del mito, para reencontrarnos con el hombre auténtico, con el hombre entregado, por ley de amor, a la política y a la justicia». Aun afirmando el valor de la doctrina joseantoniana, Elorriaga explicaba el «error fatal de considerar a dicho pensamiento como una fórmula perenne e infalible para solucionar todos los problemas de España», ya que se trataba de un pensamiento aplicado a una situación histórica concreta: la España de 1933 a 1936 (23).



José Luis de Arrese regresó a la Secretaría General del Movimiento en 1956 para reconducir la inquietud estudiantil. No llegó a comprender las razones del falangismo reformista.

El 1 de febrero de 1956 se hizo público en la Universidad de Madrid un Manifiesto Universitario dirigido al gobierno. Preparado por el grupo criptocomunista de Múgica (y con el respaldo de Dionisio Ridruejo), solicitaba la convocatoria de un Congreso Nacional de Estudiantes que democratizara la representación del estudiantado universitario. El día 6 el SEU convocó la Cámara Sindical en la Facultad de Derecho, donde se produjo al día siguiente una refriega entre estudiantes falangistas y opositores. El día 8 la Facultad, instalada en el viejo caserón de San Bernardo, fue asaltada por *azules* fa-

náticos no universitarios (en su mayor parte pertenecientes a la Guardia de Franco), que violaron el fuero que protegía a la institución. Los incidentes universitarios alcanzaron su punto crítico el 9 de febrero, en la tradicional celebración del *Día del Estudiante Caído*, fecha en la que se recordaba a Matías Montero, el joven falangista asesinado durante la II República. Ese día, *Arriba*, que silencia el asalto al caserón de San Bernardo de la víspera, se refiere a la infiltración comunista en las aulas (24), mientras que desde la tribuna de su «hermano pequeño», *Juventud*, Juan Emilio Aragonés hacía un llamamiento realista con vistas al futuro, frente a nostalgias estériles:

«Algunos pusilánimes se alarman en cuanto advierten el menor síntoma de inquietud en la Universidad, seguramente de igual modo que se alarmaron hace poco más de cuatro lustros ante la noble inquietud de que daban muestras Matías Montero y sus camaradas. [...] Los pusilánimes insistirán en sus infundados temores: "Pero es que los actuales signos de inquietud expresan una postura de disconformidad respecto a los principios del Movimiento Nacional". A lo que será preciso responder con un simple y esclarecedor interrogante: *¿A los principios o a su no realización?*» (25).

En ese mismo número Gabriel Elorriaga, cuya implicación en la reforma de la Universidad estaba a punto de dar con sus huesos en la cárcel, reincidía en la idea de que José Antonio no debía ser utilizado para justificar posturas reaccionarias e inmovilistas, puesto que el mundo había cambiado mucho desde su muerte:

«Tenemos que poseer el valor suficiente para vivir estos momentos con la capacidad de actualidad y creación con que José Antonio los hubiese vivido. Porque no hemos de olvidar —porque bien nos duele la dura, pero necesaria, repetición de esta evidencia— que José Antonio es un muerto. Y no es lícito esperar que los muertos ganen batallas. Las batallas hemos de ganarlas nosotros» (26).

El día 9 de febrero fue herido de suma gravedad un joven del Frente de Juventudes, Miguel Álvarez, en el cruce de dos manifestaciones enemigas. A pesar de las zozobras iniciales y de que nunca se hizo pú-

blica la autoría del agresor, la policía averiguó que había sido un camarada el que, accidentalmente, había disparado una bala al cráneo del desdichado Álvarez (27). Fueron detenidos entonces los jóvenes que prepararon el Manifiesto Universitario, se suspendieron dos artículos del Fuero de los Españoles (relativos a la salvaguarda de derechos fundamentales de la persona) y *Arriba* se entregó a una desafiada y maniquea denuncia de la inspiración comunista en la agitación universitaria (28).

ARRESE Y LA MARGINACIÓN DEL FALANGISMO JUVENIL.

Ese momento supuso un punto de inflexión en la orientación de la prensa falangista universitaria. *Juventud* hubo de cerrar filas en torno a *Arriba* y a las reactivas consignas que el diario patrocinaba, de tal modo que las ideas avanzadas y vanguardistas de los jóvenes *azules* no reverdecieron en la prensa prácticamente hasta el mes de mayo, cuando reapareció *La Hora* para recoger el testigo. En este sentido, *Juventud* se hizo eco de toda España por causa del «atentado contra la juventud falangista». Según recogía, Álvarez había sido víctima de «una maniobra fría y metódicamente urdida», de una «criminal maniobra» que no beneficiaría sino a los «intereses del comunismo o del dinero internacionales». La «alevosa conspiración», preparada por el comunismo internacional (aquí se respaldaba la opinión de *Arriba*, que ofrecía pruebas al respecto), había de recordar «a los olvidadizos que es en la Falange donde se vela realmente la fortaleza política y la posibilidad continuadora del régimen nacido del 18 de Julio» (29). Poco después, Juan de Alcalá censuraba poco veladamente la política cultural del ministro Ruiz-Giménez: «Contumazmente, en una maniobra contumaz y sectaria, las doctrinas que se escindieron de la Falange, las fuerzas de tercería y celestinaje, han venido desde 1953 —desde antes— suplantando la atención de quienes tienen la responsabilidad de educar al pueblo en materias políticas». Los falangistas, a su modo de ver, no estaban dispuestos a que la Universidad cayera en manos de los enemigos de la Falange, ya fueran éstos «comunistas, liberales, retrógrados o terceros mal disimulados» (30). El semanario, asimismo, instrumentalizó la explosión de sentimentalismo motivada por el delicado estado de Miguel Álvarez al servicio del mantenimiento del *statu quo* político (31).

La crisis de febrero de 1956, que estranguló la orientación avanzada de *Juventud*, determinó también el relevo gubernamental de Ruiz-Giménez,

ministro de Educación, y de Raimundo Fernández-Cuesta, ministro secretario general del Movimiento. El sustituto del último fue José Luis de Arrese, quien, como ya adelantamos, se propuso entonces disciplinar tres leyes fundamentales que aseguraran la supervivencia del franquismo a la muerte de Franco. Su falangismo se adscribía al de la «generación del 36», en absoluto al de la «generación del 49» que ahora era reemplazada de *Juventud* y pronto reaparecería en *La Hora*. No obstante, Arrese reconocía ciertas razones al descontento universitario. Había que trazar un futuro sugestivo, habida cuenta de que la guerra civil empezaba a significar bien poco para las nuevas generaciones: «...también mi abuelo —dejó escrito el político franquista— lloraba de emoción cuando, teniéndome en sus rodillas, me contaba la despedida de Valcarlos, sin que yo viera otra cosa que historia» (32). Sin embargo, al tratar de constitucionalizar escuetamente los valores de aquella España que había ganado la contienda caínita, Arrese se proponía mantener viva la memoria de la guerra civil.

Arrese anunció públicamente sus objetivos en Valladolid el 4 de marzo de 1956: «ganar la calle» y estructurar definitivamente el régimen del 18 de Julio. En referencia a lo primero, organizó un viaje triunfal de Franco por Andalucía (que compensaba al Jefe del Estado el disgusto de la reciente pérdida del Protectorado de Marruecos), que alentó las ilusiones de resurgimiento para los *azules* al par que amedrentaba a los monárquicos. En cuanto al segundo objetivo, Arrese encargó la preparación de los tres anteproyectos de leyes fundamentales a una ponencia que incluyó a Emilio Lamo de Espinosa, su mano derecha y principal redactor de los textos legales (33).

LA REPARACIÓN DE LA HORA.

En cualquiera de los casos, parece evidente que en la doble operación de «ganar la calle» y estructurar el régimen de la Secretaría General del Movimiento no se tuvo en cuenta la integración de los sectores falangistas más jóvenes, inquietos y progresistas; sectores que habían quedado arrumbados tras los sucesos universitarios de principios de año, después de que sus mayores en el partido quedaran convencidos de que, por el camino de la presunta convivencia con el enemigo, habían puesto en riesgo de almoneda la unidad del régimen. La publicación seuísta *La Hora* reapareció en mayo de 1956, para en

su breve nueva etapa demostrar la imposibilidad de la transmisión estricta de las ideas de la «generación del 36» (que trataba ahora de constitucionalizar el régimen) a su inmediata heredera biológica, la «generación del 49» (34). Bajo la dirección de Miguel Ángel Castiella, la apenas reaparecida publicación recordó, en clave falangista, que existía una generación que no había hecho la guerra y, por tanto, no era engatusable con nostalgias pretéritas, reactivando el clima de inquietud intelectual juvenil de la etapa Ruiz-Giménez. En el tercer número de esta su segunda época, *La Hora* aludía a la necesidad de la crítica política e, incluso, al fomento de las opiniones:

«Hablar por hablar. Es decir, hablar por no callar. Ésta es una ley, mal que nos pese, rotundamente política. Es imprescindible desmontar la vieja pantomima que afirma en la represión, en el silencio, la más pura y maquiavélica táctica de gobierno. Es preciso convencerse de cuántas posibilidades han quedado inéditas, por timidez o por censura; cuántos desfallecimientos en la política fueron promovidos por borrar la expresión de los hombres en una sociedad concreta. como se borra —esponja y un poco de agua— el error matemático inscrito sobre un encerado escolar».

En un alarde de rigor y realismo se invitaba a los políticos del régimen a asumir la crítica, a no soslayarla, porque

«ningún sistema político ha fenecido mientras ha utilizado con inteligencia esta fuerza verdadera que es el conocimiento del entorno de las cuatro paredes carnales en que se mueve. Ningún sistema político ha caído exclusivamente por resquebrajarse su armazón físico, la fuerza de sus encuadramientos. El desconocimiento es el más auténtico gusano del malestar social. Y la manzana, el fruto en que actúa con más deleite, son, generalmente, estos encuadramientos más fieles, a los que se puede exigir una lealtad ciega, una fe de carbonero, incondicional, sin preguntas, únicamente durante un tiempo que no suele ser demasiado grande. [...]

Los encuadramientos que pudieron ser a las estructuras políticas nervio y razón de ser estarán, precisamente porque han servido,

más propicios que la misma porción crítica de la sociedad actuando en disolvente a sentir desfallecimiento y enojo» (35).

Un par de números después, José Bugeda firmaba un artículo en el que, tras la aparente crítica a los monárquicos, escondía un veladísimo toque de atención a los falangistas inmovilistas, obcecados en la presentación de simples opiniones como dogmas incontestables. Bugeda, que concluía con una alusión a la inminente restauración del trono («tal vez se trate de servirnos vino avinagrado con el pretexto de que la botella es una vieja obra de artesanía»), señalaba:

«Que sepamos, el Movimiento Nacional contiene sólo unos pocos dogmas. En lo nacional, la suprema realidad de España. En lo social, un planteamiento revolucionario. En lo religioso, la proclamación clara de una fe católica compartida y servida desde el Estado. Fuera de esto no vemos, la verdad, ningún dogma. Todo es contingente y depende de la voluntad de los españoles, que hayan de vivir cada momento la historia de la Patria. Concretamente, y para ser claros, no hay ningún dogma que se refiera a las formas políticas. Esto hay que decirlo de una vez. Ninguno de los españoles que cayeron en la guerra de 1936 a 1939 se sacrificó en pro o en contra de ninguna forma política. Las formas son ante todo, eso, formas y, por consiguiente, lo importante es lo que contienen. Querer elevar a la categoría de dogma nacional la aceptación de tal o cual forma política no es sino querer dar a los españoles otra vez gato por liebre» (36).

Aún hoy resulta asombrosa la libertad, casi libertad, que se respiraba en artículos como el anterior, nada grandilocuentes, expresivos del estado de opinión de una juventud seria y responsable, escasamente entregada a alucinaciones paramilitares o delirios místicos, y sí comprometida con un momento nacional delicado que exigía reflexión y juicio sereno. En el mismo número de la publicación un editorial recuperaba el recurso a una nueva generación brotada en el seno del régimen:

«Hay una generación que antecede un poco a la guerra civil española, a la que debemos

todo, no sólo nuestra existencia en su aspecto físico, no sólo nuestro entusiasmo —un entusiasmo desconocido durante muchos estadios de la última historia española—, no sólo lo bueno —y lo hay— de la misma realidad actual, sino también una serie de soluciones eficaces que hoy pueden actuar como tales, a pesar de la merma lógica que el tiempo impone a las proposiciones humanas».

Esa generación reclamaba el liderazgo social que el régimen tantas veces le prometía y en iguales ocasiones le escamoteaba:

«En muchos aspectos de la vida española la sola presencia de esta generación, de esta voz, de estos propósitos originales, ha determinado —ahí está incluso la disconformidad frente al aparato exterior del que se intenta hacer único responsable a la generación aludida—, además de la incubación en esta misma fe de nuevas levas, el cambio de criterio del hombre medio español, que ya usa, en sus momentos de queja o protesta, la misma terminología, los mismos conceptos sobre la enfermedad nacional en cada uno de sus miembros, las mismas soluciones sanitarias en que aquella generación se abanderó. [...] Los hombres que comulgaron en este cuerpo doctrinal que ha servido a España como fórmula de resurrección no están enfrente de esa disconformidad aunque de rechazo les salpica también a ellos, confundiendo lamentablemente la diana. No están enfrente sino del corto uso que esta disconformidad intenta hacer de las soluciones políticas que entusiasmaron al país durante mucho de nuestro último tiempo».

En el texto se admitía que la disconformidad falangista con determinadas políticas oficiales dejaba de expresarse por una mera cuestión de disciplina:

«Ni los más jóvenes, ni los más viejos —y ésta es la formulación elemental que todos nos hemos hecho—, estamos dispuestos a conformarnos con esta imagen incompleta que el espejo social nos devuelve. Ni dispuestos a que muchas determinaciones válidas se queden en banderín de enganche, en letra de pasquín, en “slogan” para un momento de emergencia.

La revolución es una emergencia total, desde sus primeros balbuceos a su culminación, y la única razón que puede entusiasmarlos de aquí en adelante es la de que el verbo que nos ha dado sentido, que nos ha hecho surgir como esperanza a la desesperada vida nacional, se convierta en realización concreta, en revolución permanente. Aquí, sólo aquí, sí que estaremos de nuevo decididamente dispuestos a poner nuestras manos y la renuncia de nuestras más caras y legítimas aspiraciones personales al servicio incondicional de la Patria» (37).

Tomó el testigo de la reivindicación del nuevo grupo generacional Enrique Ruiz García en las páginas de *Juventud*:

«En principio, la generación intermedia es la formada, con un hondo y germinativo silencio, entre la guerra española y el año 1956. Tenemos veinticinco años. Tenemos treinta o tenemos cuarenta. Estamos desnudos de Poder: esto es, hemos asistido a la organización de un Estado y hemos visto nacer una nueva mocedad».

Aun cuando citaba con encomio las palabras del ministro Arrese referidas a las crítica como colaboración, no cabe duda de que expresaba un ideario mucho más integrador y avanzado:

«El hecho fundamental, el que clasifica inicialmente, antes que ninguna otra fórmula, a la generación intermedia es la de no ser, por dentro y por fuera, una generación de revancha. Nosotros entendemos que la convivencia nacional no es la convivencia de mitades irreconciliables, más o menos vencedoras, más o menos vencidas. Entendemos que la unidad de esa convivencia en política es fundamental; pero no, forzosamente, porque seamos *unitarios*. La unidad la entendemos con clara precisión: en la discrepancia. Es decir, los *unitarios* mantienen la teoría de que la unidad lo es, aun a costa de la otra mitad española. Estos unitarios existen en las más variadas especies políticas, desde el liberal al comunista» (38).

La Hora llegó a reproducir una carta al director de Antonio Menchaca, quien por entonces se ha-

llaba encarcelado, como preso político, en el penal de Carabanchel (39). Menchaca se confesaba «falangista, aunque ya no universitario... ¡y de izquierda!». En su misiva encarecía una profunda transformación de España, «pues los hombres como Primi, Canalejas y José Antonio, que podían haberla hecho, murieron de forma violenta en la fuerza de la edad» (40).



En esta fotografía y en la de la página siguiente, dos momentos del baño de multitudes de Franco por Andalucía en 1956. El Caudillo estaba inquieto con una juventud que se le escapaba de las manos.

La Hora no se recataba, aun haciéndolo de forma críptica, a la hora de acusar a los dirigentes del régimen de incapacidad para proponer metas que encandilasen a la juventud, que a su juicio no era subversiva, sino más bien seguidora de las banderas alzadas sobre lo rutinario y mediocre (41). No se podía hablar honradamente tampoco de «una manera de ser de los españoles encasillada en un molde indestructible e invariable», puesto que resultaba perfectamente lógico pensar que «el modelo de hombre que fue en su día Rodrigo Díaz de Vivar o Fernando III, sólo salvara, por los caminos de nuestro presente, una gallardía sin eficacia» (42).

DOS FALANGISMOS ANTAGÓNICOS.

El vigésimo aniversario del Alzamiento Nacional constituía la ocasión propicia para rehabilitar un Consejo Nacional del Movimiento que Arrese estimaba pieza clave en sus proyectos de recuperación falangista. El ministro del Movimiento preparó unas cuartillas para el discurso de Franco ante el organismo el día 17 de julio de 1956, pero el Caudillo cercenó todas las ilusiones falangistas al afirmar que los veintiséis puntos de FET y de las JONS se habían cumplido y, por tanto, estaban superados. El balance de resultados de Franco recalca la legitimidad de origen de su Estado, que alcanzaba su más estricto punto de inflexión (43).

A pesar de la sensación de derrota que embargó a todos los falangistas tras el discurso, *Arriba*, diario oficial de la Secretaría General del Movimiento, ofreció una edición especial conmemorativa del XX aniversario del Alzamiento. En él, las cabezas más brillantes relacionadas con Falange (José Luis de Arrese, Rafael García Serrano, Adolfo Muñoz Alonso, Jaime Campmany, José María García Escudero, Juan Velarde, etc.) repasaban cómo el Estado de Franco se había inspirado en los veintiséis puntos joseantonianos a lo largo de sus dos décadas de existencia (44). La mal asumida resignación de los *azules* forzó, casi de inmediato, a que *Arriba* aclarase que, en realidad, los veintiséis puntos no se cumplirían nunca por entero, puesto que se ligaban a «actitudes generales y permanentes con que quiere ahondarse la vida histórica española para cualquiera de las variantes concretas de su manifestación» (45).

En ese momento sólo *La Hora* se alzó sobre el conformismo general, de tal forma que vino a enmendar crípticamente la plana a *Arriba*. N. Álvarez, otro componente de la generación del 49 (contaba cuatro años al estallar la guerra), recordó que la revolución de hermanamiento real entre los españoles seguía flagrantemente pendiente:

«Cuando fui capaz de dar mi propia interpretación, mucho más tarde, hubo algún disgusto familiar. Porque para mí el 18 de julio no era un restablecimiento del orden público perturbado, ni un triunfo aplastante de unos españoles sobre otros, de las derechas sobre las izquierdas. En este día se abría trabajosamente en la historia española la elemental y limpia posibilidad para que todos los españoles pudieran entenderse. Su sentido era superior a la victoria, e iba más allá de la Dirección General de Seguridad. Lo que desde él podía ocurrir era que todos los españoles se sintieran "más próximos", más unidos en el quehacer nacional. En una tarea que consistía en que todos los españoles, desde los auténticos valores de nuestra cultura desprovistos del "moho" burgués que los había hecho odiosos, pudieran satisfacer sus fines existenciales y alcanzar su plenitud humana. Una tarea revolucionaria y clara, algo que significaba una posibilidad de poner a España en forma de acuerdo con lo que exigía la historia universal. La verdad es que no conseguí ningún adepto. Todos siguieron hablando del orden público restablecido,

de las fincas vendidas hacía pocos días —“la vida cada vez está peor”— y del triunfo aplastante sobre los rojos».

Para Álvarez el conservadurismo monárquico amenazaba anegar toda posibilidad de modernización y convivencia popular:

«Aún hoy todo sigue igual. Cuando la fecha se aproxima en muchas familias de España se habla de los crímenes antiguos, del orden público, y de “aquella gente” que ya no ha vuelto a verse y que entonces les aterrizzaba. Junto al retrato del hombre de larga cara triste [el rey Alfonso XIII], ahora se une el de un mozo rubio con gorra de cadete [su nieto, el príncipe Don Juan Carlos]. Se sigue hablando sobre todo del orden público. Se habla, severamente, como si mi sola presencia conculcara ya ese orden» (46).

El semanario universitario denunció sin ambages la apropiación maniquea y sectaria de la figura del pensador Menéndez Pelayo en el centenario de su nacimiento: «Don Marcelino era de todos, y no —como hoy es moda— propiedad de unos pocos» (47). La advertencia levantaría ampollas entre los tradicionalistas que, bajo la bandera antiliberal y dogmática, reivindicaban la figura del pensador montañés en el *ABC e Informaciones*.

A lo largo del verano del 56 *La Hora* continuó reivindicando a la generación falangista joven que, como expresaría varios años más tarde Torcuato Fernández-Miranda, si bien había olvidado la guerra (en que no había combatido), no estaba dispuesta a olvidar una victoria que entendía lo suficientemente generosa como para acoger a todos los españoles de su generación y las subsiguientes. Un editorial de la publicación refrescaba la memoria de quienes hacían caso omiso de un grupo generacional al que ahora se bautizaba con otra denominación:

«Connueve la dulce tragedia que configura y anida en el destino de las segundas generaciones. Alcanzan su edad política, su mayoría social o cultural, cuando no pudieron alcanzar una edad combatiente, heroica. Tendrán la palidez habitual de quien se halla en la penumbra, y en la penumbra serán a menudo desconocidas, incluso despreciadas, por no haber nacido



a tiempo del sol en mediodía. [...] Habrán de subordinarse, en lógica admiración a los que construyeron la posibilidad del entusiasmo. Estarán encomendadas al mantenimiento de la ortodoxia, muchas veces lindando en el parecer de sus hermanos mayores con la herejía. [...] Serán el alerta del peligro de envejecimiento físico de la idea, y de esta promoción posterior, con la que tanto quisieron, verán deducirse, surgir, los relevos de los cuales y de cuya atención quedarán también al margen. Y no se rebelará (*sic*) en ello ninguna vanidad, ninguna referencia a su esfuerzo, a su sacrificio —negado en su calidad de heroico—, y se irán retirando, individualmente, humildemente, en silencio, de la penumbra agonista de su condición a la penumbra domiciliar de las actividades privadas. Olvidadas siempre, hasta desaparecer para siempre».

Aun cuando parecía que se estaba hablando de una generación-puente llamada a acatar, la práctica demostraba todo lo contrario: «La generación sin historia de esta hora está laborando por una patria mejor. También ella pide, después de servir en la penumbra, su parte en el sol, su parte en el quehacer y en la brecha con que cada nuevo día nos sorprende. En razón de un orden y de una mayor eficacia, no se la puede desconocer» (48).

EL CAMBIO DE DIRECCIÓN EN LA HORA.

La decapitación final de Miguel Ángel Castiella en la dirección tomó por pretexto la publicación de dos artículos del subdirector, José Bugeda, titulados «El reencuentro con el pueblo» y «Ferrer España.

Los buenos y los malos» (49). El número 14 de esta segunda época sería el último del que se responsabilizarían Castiella y Bugeda. Como revista universitaria, *La Hora* cerró por las vacaciones de verano. Al reaparecer en el mes de octubre, los anteriores habían sido relevados por Gabriel Elorriaga y Juan José Bellod, respectivamente. A partir de entonces, venciendo ciertas resistencias, la publicación experimentó un giro más conservador.

En el número 15 se señalaba que las nuevas juventudes incorporadas a la sociedad carecían de antecedentes políticos: «Las luchas, los intereses, las mismas ideologías anteriores a ellas les son ajenas». Se denunciaba, asimismo, tanto la táctica izquierdista de atraerse a los jóvenes al amparo de su confusión ideológica, como el temor de la derecha originado en «la defensa torpe, vacía de todo contenido moral auténtico, de unas posiciones sociales privilegiadas» y «la instintiva repudiación de las novedades que los sitúa al margen del acontecer real de la Historia» (50). Un recuperado Gabriel Elorriaga (51), que citaba las palabras de José Antonio relativas a la etapa dorada del liberalismo en que se instaló a todos los hombres en la igualdad ante la ley, reconocía a esta ideología una «ambición profunda y estimable». Incluso citaba con encomio la obra de un liberal a ultranza —y confeso enemigo de Franco—, Salvador de Madariaga, titulada *De la angustia a la libertad* (1955). En ella encontraba correlación con la doctrina joseantoniana de la libertad dentro de un orden. La afirmación de Madariaga sobre la superioridad del sistema representativo de las antiguas monarquías sobre el de sufragio universal le parecía a Elorriaga «casi una preposición para justificar la teoría falangista de las unidades naturales de convivencia —municipio, familia y sindicato— como base del orden político», aunque no hubiera sido ése —reconocía— el propósito del autor (52).

Elorriaga, en tanto que director de *La Hora*, se responsabilizaría de la publicación de un artículo de Rafael Morodo alusivo al «estudiante que, consciente o inconscientemente, está integrado ya dentro de una generación que no ha tomado parte en las motivaciones de nuestra guerra civil». Morodo destacaba un cambio en la mentalidad universitaria española, limitado, no obstante, por «el freno que la sociedad le opone por medio de sus sistemas de defensa [...] las instituciones sociales que hacen perdurar lo tradicional». La generación universitaria

del momento se veía afectada, asimismo, por dos circunstancias: «1.ª La carencia de maestros, que, si existieran, podrían haber coadyuvado a su espontaneidad ideológica; 2.ª Las puertas cerradas con que se encuentra el graduado». En cuanto a lo primero, recomendaba la «destrucción de los mitos, sean rojos o blancos». Respecto a lo segundo, proponía una enseñanza más práctica que posibilitara mayores salidas profesionales (53).

La relativa impunidad con que podía expresarse esta generación falangista a través de la prensa seuista molestó profundamente a los conservadores. El general Vigón, uno de los menéndezpelayistas más intransigentes contra los que implícitamente había cargado *La Hora*, acudió a Arrese para protestar por esta publicación y otras, como *Juventud*, que «jugaban a la política con la más peligrosa de las armas, la fogosidad de los pocos años, y con la más peligrosa de las impunidades, la de ampararse en el parapeto oficial del Movimiento». El ministro secretario general del Movimiento, lejos de defender a los púberes azules, no le negó parte de razón al integrista militar: «...yo mismo les había reñido algunas veces por esa especie de robespierismo chiquitín que consistía en ir a la caza del gazapo para escandalizar sobre él». No obstante, a Arrese le preocupaban poco unas manifestaciones que estimaba puramente verbales y sin resultados prácticos, «porque los periódicos, sobre todo los periódicos de juventud, no son libros de texto, sino flor de un día y únicamente serviría (*sic*) como papel si renunciaran a todo lo vitamínico, y se convirtieran en barbitúricos» (54).

La existencia de dos falangismos claramente diferenciados, casi antagonistas, se apreciaba en el número especial de *La Hora* en el veinte aniversario de la muerte de José Antonio Primo de Rivera. Junto a las plumas del progresismo azul joven se incluían las de los falangistas de edad, extraordinariamente más conservadores. Entre estos últimos se contaban José Luis de Arrese, quien en un artículo se mostraba convencido de que los jóvenes asegurarían la continuidad en el futuro, aun cuando carecían de un término de comparación (55), y Antonio de Correa Veglisson, que parecía comprender escasamente a aquella juvenil generación a la que invocaba (56). Por el contrario, el editorial del número apuntaba la entrada en la Universidad de hombres «nacidos en 1936 y aún en fechas posteriores», integrantes, por tanto, de una «masa políticamente virginal». La

necesidad de emulsionar con el magisterio joseantoniano a esta generación «intelectualmente a la intemperie» no era óbice para presentar la sugestiva figura de Primo de Rivera de forma abierta y escasamente maniquea. Se ofrecía así al hombre culto y sin banderías: «El índice de sus lecturas define la posición de José Antonio ante los partidismos intelectuales. La firmeza con que ha trabajado sus concepciones le permite ordenar posiciones ideológicas tenidas hasta él por contradictorias». Se resaltaba, en este sentido, junto al fondo católico del primer jefe nacional de Falange, la asimilación del pensamiento de Ortega y Gasset, porque «la admisión de todos los valores no excluye la jerarquía, pero en una auténtica jerarquía no puede haber negación de realidades» (57).

Por su parte, Gabriel Elorriaga retomaba una suerte de diálogo de ultratumba con José Antonio Primo de Rivera. El suyo era un texto culto, algo críptico y, sobre todo, determinado por su experiencia personal (cárcel incluida) que apuntaba hacia el desencanto. Elorriaga indicaba que «todos los hombres de España que no te conocimos llevamos algo de ti», por lo que no temía que la actitud de José Antonio se perdiera. No obstante, bajo la hojarasca de su florida prosa latían verdades hirientes, relativas incluso a la mejor herencia del falangismo en los jóvenes integradores que en los históricos, puristas y reactivos. El enfrentamiento generacional volvía a la palestra:

«Pero tú sabes, mejor que nadie, que muy pocos de estos hombres [los de la generación del fundador] lo eran a tu imagen y semejanza. Quizá no sea presunción —por evidente— decir que no hay más de ti en nosotros que en gran parte de ellos. Pero esos hombres, todos —entre ellos tus auténticos camaradas y algunos que no lo eran y merecen ser tenidos por tales—, han sabido afrontar la aventura dramática de su tiempo, es decir, dar la cara. [...] Nosotros empezamos también a dar la cara. Pero —quizá la sensualidad venenosa de la naturaleza, la facilona gresca de los viejos y jóvenes— la cuestión es que —sin ningún bienintencionado quererlo— ha corrido la voz de que ellos y nosotros no nos comprendemos. Y el fantasma de una discordia generacional puede quebrar los mejores frutos de la tenacidad histórica, si no nos adelantamos a superar su engaño» (58).

De ese número especial es reseñable, finalmente, un artículo de José Luis Rubio (59), quien se hacía dolido eco de la generación a la que se adscribía: «Pertenece a una generación intermedia, a una generación puente que hizo pública *La Hora*, que si no combatió en la guerra la vivió en el temblor de su niñez —hemos jugado poco, nos hemos divertido poco, discutimos de política desde los nueve o diez años, pensamos que la vida es algo dramáticamente serio desde niños—. Establecía así una meditación en El Escorial, «ante la última piedra, ante el altar mayor de la Basílica [bajo el que se encontraban los restos mortales de Primo de Rivera], en un diálogo dramático que jamás sostuvimos de otra forma que al través de una silenciosa piedra de granito». Nada mejor que la prosa poética de Rubio para caracterizar la inquietud de una juventud que tenía como título preferente «ser la generación más profundamente joseantoniana» y era marginada de hecho por la Secretaría General del Movimiento.

«José Antonio no es para nosotros el Jefe que nos manda ni tampoco el hombre cuyo nombre ostenta calles importantes, debido a que hace unos años realizó proezas dignas de rememoración. Estamos en esa situación de los que se quedan a la puerta, de los que llegan cuando el barco acaba de zarpar y aún nos deja su estela. Ni los hombres que siguieron su voz física ni los que saben de él con la misma clase de conocimiento con que saben de un personaje histórico, pueden darse verdadera cuenta de nuestra desasosegada y angustiosa interrogación ante la losa de El Escorial; siempre una piedra impenetrable en medio de esta relación de seguimiento, con un esfuerzo constante de entender, de oír, de saber, teniendo necesidad de él y teniendo que adivinarlo entero» (60).

Enfrentada a su hermano mayor (*Arriba*), *La Hora* sobrevivió penosamente unos pocos números en 1956. En su breve y desafortunada reaparición de la mano de su director, Miguel Ángel Castilla personificó las contradicciones internas de un falangismo oficial que iba perdiendo sus bases juveniles más valiosas por la izquierda. Defenestrado Castiella de la dirección, fue adoptando una línea editorial cada vez más conservadora (61).

- (1) P. AGUILAR, *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid, Alianza, 1996.
- (2) *Ibidem*, p. 29. Aguilar se refiere a la experiencia de la sociedad norteamericana ante la guerra de Vietnam. Puede rastrearse en la filmografía sobre el conflicto el reflejo de la opinión social de cada momento hacia el mismo.
- (3) Archivo Emilio Lamo de Espinosa y Enríquez de Navarra. Memorias.
- (4) E. ROMERO, *Tragicomedia de España*, Barcelona, Planeta, 1985, pp. 46-47.
- (5) P. AGUILAR, *Memoria y olvido*, p. 103.
- (6) *Ibidem*, p. 104.
- (7) Nacido en Madrid en 1922, José Bugeda Sanchís pasó la guerra civil en la capital de España. Estudió Ciencias Políticas y Económicas, al par que trabajaba de periodista desde finales de 1948 en *La Hora*. Compatibilizaba ambas actividades por necesidades económicas, pues pertenecía a una clase social humilde (su padre era maestro de escuela). Fue expulsado del Frente de Juventudes en 1947 por una conferencia especialmente crítica. A finales de los años setenta, en pleno período de transición, se declaraba «falangista con reservas» (nunca fue «franquista») en actitud muy acorde con los tiempos, basada esencialmente en el estilo y las ideas sociales joseantonianas. J. MARSAL, *Pensar bajo el franquismo. Intelectuales y política en la generación de los años cincuenta*, Barcelona, Península, 1979, pp. 56-74.
- (8) J. BUGEDA, ... *Y el pueblo al fondo*, Llosa, Barcelona, 1969, pp. 117-126. La caracterización de la generación del 49 se aborda profusamente entre las pp. 34-41.
- (9) J. MARSAL, *Pensar bajo el franquismo*, pp. 10-11. Este libro citado constituye, a juicio de su autor, «un esfuerzo por hacer entender a los demás lo que fue el empezar a pensar bajo el franquismo, lo que era la vida de un joven inquieto de aquella generación sin nombre después de la guerra civil». *Ibidem*, p. 16. Se basa la obra en una recopilación de entrevistas a colaboradores de las revistas *Laye y Estilo*, de Barcelona, y *La Hora, Alcalá y Alférez*, de Madrid.
- (10) J. MARSAL, *Pensar bajo el franquismo*, pp. 43-44.
- (11) *Ibidem*, pp. 69-71. Corrobora, una vez más, el enfrentamiento generacional (incluso entre falangistas) el hecho de que la persecución contra *La Hora* se desatara desde las propias páginas de *Arriba*, su hermano mayor en cuanto a la propaganda del ideario joseantoniano.
- (12) J. MARSAL, *Pensar bajo el franquismo*, pp. 134-135.
- (13) *Juventud*, n.º 623, 20 a 26 de octubre de 1955.
- (14) En este sentido, Jesús Arellano hizo referencia a la angustia de las últimas horas del pensador. Apeló, asimismo, a que la juventud descubriera que «la bandera que algunos os presentan hoy como recién estrenada tiene la retrógrada vejez de un ideal fracasado en nuestra historia inmediata». «En la muerte de Don José Ortega y Gasset», *Nuestro Tiempo*, noviembre de 1955.
- (15) Un informe policial sobre la volátil situación universitaria, fechado en el mes de noviembre de 1955, indicaba que el grupo comunista de Enrique Múgica, ante un inminente relevo en el mando, había tratado de colocar a su hombre en la Jefatura del SEU: «un tal Elorriaga, falangista de izquierdas, y que, al parecer, no practica religión alguna». R. MESA, *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1982, pp. 29-37. Resulta paradójico que un cargo político como Elorriaga fuese vigilado por la policía, que le acusaba directamente de ser enemigo del régimen.
- (16) «Juventud y continuidad política», *Juventud*, n.º 631, 15 a 21 de diciembre de 1955.
- (17) *Arriba*, 1-I-1956.
- (18) «El mensaje del Caudillo y la juventud», *Juventud*, n.º 634, 5 al 11 de enero de 1956.
- (19) «Debe preocupar la juventud», *Juventud*, n.º 635, 12 al 18 de enero de 1956.
- (20) *Ibidem*.
- (21) «El impetu nuevo tiene que traerlo la juventud», *Juventud*, n.º 637, 26 de enero a 1 de febrero de 1956.
- (22) *Ibidem*.
- (23) «Arquetipo, doctrina y actualidad», *Juventud*, n.º 638, 2 a 9 de febrero de 1956.
- (24) *Arriba*, 9-II-1956.
- (25) «La muerte que da más vida», *Juventud*, n.º 639, 9 a 16 de febrero de 1956.
- (26) «Oportunidad y actitudes revolucionaria y juvenil», *Juventud*, n.º 639, 9 a 16 de febrero de 1956. Elorriaga recordaba a los que sólo citaban el desprecio de Primo de Rivera hacia las urnas que, no obstante, éste siempre quiso obtener un escaño en el Parlamento republicano. Y obtenido el mismo, no lo dejaba nunca vacío; acudía a todas las sesiones.
- (27) Así lo ha desvelado L. SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Francisco Franco y su tiempo*, tomo V, Madrid, Azor, 1984, p. 255.
- (28) La portada del órgano de la Secretaría General del Movimiento recogió, en referencia a Miguel Álvarez (que salvaría la vida finalmente): «Han vuelto a matar a Matías Montero». El «crimen» se atribuía a «pistoleros comunistas o compañeros de viaje». *Arriba*, 10-II-1956.
- (29) «Contra la confusión», *Juventud*, n.º 640, 16 a 23 de febrero de 1956.
- (30) *Ibidem*.
- (31) El órgano del SEU reprodujo fragmentos de las cartas que le llegaban a Álvarez: la de un seminarista toledano que le encomendaría a Dios su salud en su primera misa; la de un falangista desde Callosa del Segura; la de un campesino manchego que le ofrecía su sangre para las transfusiones; la de una maestra que rezaba el rosario por él; la del alcalde del pueblecito de Benisa («Tu sangre joven nos tonifica, nos enardece y encoleriza y ha puesto otra vez en línea de combate a toda la Falange, a todo lo mejor del pueblo español»); la de una joven enferma de también diecinueve años que rezaba a la Virgen por él, etc. «Del epistolario de España, a Miguel Álvarez», *Juventud*, n.º 643, 8 a 14 de marzo de 1956. Ver también «Fiesta de cumpleaños de Miguel Álvarez» y «Junto al lecho de Miguel Álvarez», *Juventud*, n.º 644, 15 al 21 de marzo de 1956.
- (32) J.L. DE ARRESF., *Una etapa constituyente*. Barcelona, Planeta, 1982, p. 28.
- (33) Para los entresijos de la citada etapa constituyente remito a mi tesis doctoral: Á. DE DIEGO, *La fallida institucionalización del régimen de Franco: la operación Arrese de 1956*, leída en la Universidad San Pablo-CEU en septiembre de 2001.
- (34) El primer número de la nueva etapa fue *La Hora*, n.º 1, II época, 12-V-1956.

- (35) «La expresión, determinante política», *La Hora*, n.º 3, II época, 26-V-1956.
- (36) «Sobre los dogmas», *La Hora*, n.º 5, II época, 9-VI-1956. La significativa referencia a la «guerra de 1936 a 1939» evitaba denominaciones no integradoras tales como «Cruzada» o «Guerra de Liberación», anticipando el concepto de «Guerra de España», auspiciada desde mediados de los años sesenta por historiadores como Ricardo de la Cierva o Vicente Palacio Atard. P. AGUILAR, *Memoria y olvido de la guerra civil española*, pp. 108-112.
- (37) «De la promesa a la concreción», *La Hora*, II época, n.º 5, 9-VI-1956.
- (38) «Nuevas ideas sobre la generación intermedia», *Juventud*, n.º 659, 28 de junio a 5 de julio.
- (39) Allí coincidió con Dionisio Ridruejo, con quien compartía momentos de pintura, de escritura e, incluso, de composición de himnos de reconciliación nacional. El diario de su encarcelamiento en A. MENCHACA, *Las horas decisivas: memorias*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992.
- (40) *La Hora*, II época, n.º 5, 9-VI-1956. Dámaso Santos, en este interesante número, se refería a «los malogrados» Ángel María Pascual, Fermin Yzurdiaga, Ramón Sijé y Miguel Hernández. *Ibidem*.
- (41) «La señal que se pide», *La Hora*, II época, n.º 6, 16-VI-1956.
- (42) «La invención del mañana», *La Hora*, II época, n.º 8, 30-VI-1956.
- (43) «En este aniversario —afirmó Franco— del Alzamiento Nacional, cuando los veinte años transcurridos nos permiten examinar, con la perspectiva que nos da el tiempo, aquella gloriosa gesta, el pensamiento vuela con emoción hacia aquellos primeros días de inseguridad y de zozobra, de angustia, de cerrazón, de naufragio inminente de la Patria española. Se agiganta el recuerdo de los héroes y mártires de aquellas jornadas, de los que caían en aquellas primeras horas, sumergidos en el mar de la barbarie roja, y de los que en la oscuridad de la noche o en las horas pálidas del amanecer eran arrastrados por la vesania comunista frente a los pelotones de ejecución. Héroes y mártires que con su sangre y ejemplaridad abrían a los españoles un horizonte de luz y de esperanza». *Boletín Oficial del Movimiento*, pp. 472-482. El diario monárquico por antonomasia osó calificar el discurso ante el Consejo Nacional de «rendición de cuentas» que cerraba un ciclo político. «Hacia otra etapa», *ABC*, 20-VII-1956.
- (44) *Arriba*, 18-VII-1956.
- (45) «Un gran ejemplo de fidelidad», *Arriba*, 24-VII-1956.
- (46) *La Hora*, II época, n.º 10, 14-VII-1956.
- (47) *La Hora*, II época, n.º 13, 4-VIII-1956.
- (48) «Generaciones sin historia», *La Hora*, II época, n.º 13, 4-VIII-1956.
- (49) J. MARSAL, *Pensar bajo el franquismo*, p. 58. No he podido localizar los citados textos.
- (50) «La juventud no es una incógnita», *La Hora*, II época, n.º 15, 18-X-1956.
- (51) Gabriel Elorriaga, detenido a raíz de los incidentes universitarios que devolvieron a Arrese al gobierno, fue excarcelado después de que su padre hablara con Arrese y le convenciera de la postura leal de su hijo en todo momento. J.L. ARRESE, *Una etapa constituyente*, pp. 30-31. El que Elorriaga se hiciera perdonar y continuara su carrera política dentro del régimen motivó una especie de críptica justificación en *La Hora*, donde escribió que la dedicación a la política, en tanto que joseantoniana ac-
- tividad misional, era vocacional y permanente, nunca pasajera: «el convencimiento íntimo de la ocasionalidad de la tarea política la desvirtúa». «La política como misión y como aventura», *La Hora*, II época, n.º 17, 1-XI-1956.
- (52) «Neoliberalismo y la lucha por la libertad», *La Hora*, II época, n.º 15, 18-X-1956.
- (53) «Notas sobre la problemática juvenil», *La Hora*, II época, n.º 18, 8-XI-1956.
- (54) J.L. ARRESE, *Una etapa constituyente*, p. 140.
- (55) «La juventud como esperanza», *La Hora*, II época, n.º 20, 22-XI-1956.
- (56) «Dinamicidad del orden nuevo joseantoniano», *La Hora*, II época, n.º 20, 22-XI-1956.
- (57) «Incitación al universitario», *La Hora*, II época, n.º 20, 22-XI-1956.
- (58) «Carta a José Antonio, desde 1956», *La Hora*, II época, n.º 20, 22-XI-1956.
- (59) Nacido en Fregenal de la Sierra (Badajoz) en 1924, José Luis Rubio Cordon se inscribió en la Organización Juvenil en 1939. Se doctoró en Derecho y entró en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Madrid en 1956, en calidad de profesor no numerario. Sus actividades semiopositoras al régimen de Franco se habían iniciado en 1947. Desde ese momento (en que solicitó libertad de crítica para la juventud) y a partir de su ideario joseantoniano protagonizó un camino de exploración progresiva de la libertad, que ha narrado sucintamente: «Después me llegó un proceso más íntimo, más elaborado por mi propia cuenta, en comunión principalmente con Nieves, mi novia y esposa, que fue el descubrimiento de la libertad y de la necesidad de la democracia como factor imprescindible para que una revolución sea auténtica. Se ha de contar con la mayoría y con la concesión de la libertad a las minorías. Si no, pienso que una revolución se convierte, al final, en reaccionaria. Éste fue un descubrimiento muy costoso, muy trabajoso, muy penoso, hecho al comienzo de los años cincuenta. Entonces es cuando se produce no ya la ruptura con Franco sino con todo el sistema en bloque, incluida Falange naturalmente. Falange me dio una conciencia de tipo revolucionario, pero no una conciencia de libertad. En aquel momento dejé de ser falangista, por más que yo pueda agradecer a José Antonio Primo de Rivera que me haya iniciado en ciertos caminos. Pero, desde luego, lo que no aprendí de Falange fue el sentido de la libertad». J. MARSAL, *Pensar bajo el franquismo*, pp. 220-227.
- (60) «El legado», *La Hora*, II época, n.º 20, 22-XI-1956.
- (61) Da cuenta del giro editorial la reivindicación en este período de los grandes pesos pesados del pensamiento conservador español (Menéndez Pelayo, Balmes, Maeztu, etc.), pero muy especialmente una sección fija de entrevistas en la que Mario Herrero recogía la disconformidad de distintos literatos ante la juventud. En este sentido, Tomás Borrás, nacido en 1891, replicaba: «Nos jugamos la vida, anduvimos a tiros... llegan los jóvenes y nos niegan. Dan ganas de llorar». *La Hora*, II época, n.º 27, 10-I-1957. Por su parte, Federico García Sánchez achacaba a la juventud «un exceso de sentido colectivo», que estimaba peligroso. *La Hora*, II época, n.º 28, 17-I-1957. El escritor Ramón Llido afirmaba que la juventud no era «protagonista de su hora ni sincera consigo misma». *La Hora*, II época, n.º 32, 14-II-1957.